



¡FORMAR HOMBRES LIBRES!

Mayores de edad, volcados hacia lo universal por su familiaridad con la tradición escrita, capaces de reconocer la fuerza que otorga en el campo de la acción esa tradición prolongada y potenciada por el cálculo y el diseño.

Antanas Mockus, vicerrector académico de la Universidad Nacional de Colombia, habla en entrevista para Colombia: Ciencia y Tecnología acerca de la situación y posibilidades de la educación en nuestro país. Con reticencias que explica, acepta abordar el tema planteando su ideal de hombre. Sugiere, igualmente, algunos pasos necesarios para dar un salto cualitativo en nuestra educación, destacando el papel de los maestros indispensables para lograr ese cambio y las responsabilidades que al respecto le competen al Estado y a la sociedad en general.

C:CyT. ¿Cuál es su ideal de Hombre?

A.M. Creo- como lo creía Durkheim- que la educación, y las correspondientes instituciones y prácticas, no tienen la ductilidad que se les suele atribuir. Que no es fácil deducir de un supuesto ideal de hombre los cambios que permitirían formar personas conformes a ese modelo.

Sin embargo, es obvio que conviene pensar en la orientación y en los efectos de la educación. Especialmente en las épocas en que las bases morales de la sociedad cambian y la educación tiene que adecuarse. Para ello se hace necesario formular ideales y tratar de adecuar las prácticas a esos ideales.

Si me veo obligado a explicitar un "ideal de hombre", podría caracterizarlo como un hombre moderno e incluso un hombre que se asoma a la postmodernidad, con capacidad de comprender las limitaciones de su cultura y explorar alternativas. Se trata de una persona para la cual el conocimiento se vuelve un medio y un soporte vital fundamental, tanto en su práctica técnica, en el dominio de la naturaleza, como en sus interacciones, en su relación con los demás. Es una persona cuya moralidad tendría que ser lo que Kohlberg llama una moral postconvencional. Es decir, no es simplemente la persona adaptada al gupo y- más genéricamente- a su medio, sino aquella que ha pasado por una fase de reconocimiento de los fundamentos de las reglas de la sociedad que antes ha aprendido a obedecer, que posee una comprensión racional de esas reglas y que incluso ha ido más lejos: después de mirar críticamente esas reglas y el orden social al que están ligadas, se muestra capaz, sobre la base de principios muy generales (como los que se expresan en los derechos humanos), de tomar una posición a favor de esas reglas, de ese modelo de sociedad, o de un modelo que puede ser en muchos aspectos diferente. Esa persona ya no se relaciona con el orden social ciegamente, ya no lo mira como una fatalidad sino como algo que es obra del propio desarrollo histórico de los hombres y que en algunos aspectos puede depender de su capacidad de acción y de su conocimiento.

Sería una persona que -por decirlo de alguna manera- ha dado la vuelta por el conocimiento y regresa transformado al terreno de la moral, de la política, de la acción técnica,

de la organización de trabajo, etc. Transformado porque ha comprendido que las cosas pueden cambiar o ser cambiadas, que el futuro propio, el de la comunidad e incluso el de su nación dependen por lo menos en parte, de su propia acción. Entonces, el ideal sería formar mayores de edad, personas que sean capaces de gobernarse por su propio entendimiento, que no actúen por la mera costumbre y por la subordinación ciega a un despotismo de cualquier color. Hombres capaces de adherir racionalmente a ciertas pautas cuyo fundamento en buena parte sería dado por el conocimiento.

Mi ideal sería pues muy abierto: un hombre libre, que pueda autodeterminarse conscientemente. Que en vez de corresponder a algún molde definido, esté en la posibilidad de moldearse él mismo, en configurar consciente y responsablemente su propia vida y su propio medio natural y social. Un hombre mayor de edad que -como decía Kant- sepa gobernarse según su propio entendimiento. Que tenga la posibilidad de optar deliberadamente por la generosidad, por la solidaridad, por el entusiasmo con el conocimiento y otras empresas colectivas del género humano como el arte o la técnica. Hoy en día esa mayoría de edad exige mucho conocimiento que no se puede aprender directamente de la experiencia. Paradójicamente la mayoría de edad descansa en una adecuada apropiación de la tradición: sin este entronque con la obra del género no es posible un hombre libre.

C:CyT. ¿Cómo formar hombres mayores de edad?

A.M. Comencemos siendo realistas: con frecuencia queremos que la educación imponga en los alumnos determinados rasgos, pero en la práctica se revela impotente para ello. El proceso educativo no hace del alumno lo que se quiere. Hay que atacar duramente la inflación en materia de fines educativos. Además, tal vez la educación no puede y no debe inculcar, por ejemplo, una moral específica. Las iglesias, las sectas, los partidos, los regímenes totalitarios han caído con frecuencia en ese voluntarismo ingenuo, creyendo que podían poner fácilmente a su servicio las instituciones educativas. Max Weber invitaba a los docentes a ser muy cuidadosos en este aspecto: a hacer explícitos los presupuestos y las implicaciones que acompañan determinadas opciones morales, pero no a imponerle unas opciones específicas a los alumnos.

Por supuesto existe una gama de orientaciones posibles sobre aspectos axiológicos básicos (más o menos individualismo, más o menos competencia, más o menos interdependencia con respecto al grupo, etc.). Pero ese margen es mucho más estrecho de lo que se suele creer.

Sin embargo, la educación, al menos si alcanza una mínima calidad, no puede dejar de formar individuos en una cierta ética de la comunicación, en un mínimo respeto por la obra humana escrita pasada y presente y por los medios que esa obra pone en juego para proyectarse en el mundo de la acción.

Por ejemplo, la propia tecnología es una combinación muy particular de comunicación racional, escritura y acción. Está estrechamente emparentada con la tradición escrita por el tipo de conocimientos que moviliza y por el papel que en ella juega el cálculo, el diseño y el control, entendido éste inicialmente como la contrastación con lo previsto desde el papel. En cierto sentido, la tecnología es un asombroso despotismo del signo escrito.

En síntesis, el problema central en educación no es tal vez el de su orientación, sino el de su calidad.

C: CyT. Pero, ¿cómo formar hombres libres en nuestras circunstancias?

A.M. En nuestro país coexiste el tradicionalismo con una apertura bastante salvaje a relaciones de dura lucha, no sólo en el campo de la económico. En ese contexto no es nada fácil llegar a ser mayor de edad en el sentido señalado. La voluntad de actuar rectamente según la propia conciencia se ve con frecuencia desafiada por las imposiciones de la realidad o de la voluntad de otros hombres.

Sin embargo, también existen espacios de mucha racionalidad y madurez donde no se enfrentan las cosas ni tan ciegamente -por tradicionalismo-, ni tan salvajemente -por mera competencia y lucha por la supervivencia-. Estos espacios son los que debemos favorecer. La educación debe dar la oportunidad de interactuar con personas como las que se encuentran en esos espacios, debe convertirse ella misma en uno de esos espacios.

C: CyT. ¿Se ha asimilado en el país el concepto de calidad?

A.M. El país pasa por una situación difícil en esta materia ya que no sólo no ha asimilado las discusiones explícitas sobre calidad, sino que no exige siquiera calidad en el sentido más ingenuo, de apropiación real de lo enseñado. Una gran parte de la población es víctima de un engaño social al buscar educación y al recibir algo que no alcanza a serlo. Pero ¿cómo exigir que una población sin antecedentes escolares juzgue la calidad de una educación que recibe por primera vez?

C: CyT. ¿Se vislumbra en nuestro país un cambio de panorama en un futuro más o menos cercano?

A.M. Es de esperar que en una, o quizá dos generaciones, aparezca una demanda fuerte por calidad en la educación ofrecida. Mientras aparece una mayor sensibilidad social al problema la iniciativa la tienen los maestros y el Estado. Aunque sea o parezca costoso el esfuerzo debe concentrarse en el mejoramiento de la calidad de la enseñanza, en la formación y capacitación de los maestros.

Un maestro que no es mayor de edad, que no es libre, difícilmente podrá enseñar a alguien a ser mayor de edad, a ser libre.

Los educadores en Colombia son un grupo muy heterogéneo. Hay muchos maestros con buenas intenciones y con una capacidad crítica que los acerca a lo que hemos presentado como ideal. Son hombres modernos, personas libres. Pero hace falta más respeto social por su trabajo y -por supuesto- mejores condiciones materiales. La forma en que una sociedad

y su Estado tratan a sus educadores es una radiografía de su grado de desarrollo cultural. Revela también su grado de conciencia sobre lo que de manera cada vez más decisiva va a dirimir la competencia entre naciones.

Para estimular a estos maestros e involucrar a otros en esta dirección, es necesaria una conexión más estrecha entre las instituciones académicas más avanzadas y las instituciones formadoras de educadores. Debemos debilitar la división del trabajo actualmente existente entre universidades (o facultades) con vocación investigativa y universidades (o facultades) formadoras de educadores. Atrás ha quedado la ilusa creencia de que no se necesitarían educadores calificados si se les suministra un buen diseño y unas instrucciones sobre las actividades a realizar con los estudiantes. Es imprescindible mejorar la capacitación del magisterio otorgándole una estructura más coherente, menos atomizada, menos fragmentada.

Es necesario estimular la realización y el estudio de las innovaciones pedagógicas y el trabajo de los grupos pedagógicos, buscando mecanismos que permitan la difusión y la cualificación académica de este proceso.

En un sentido mucho más local, es interesante el trabajo de un colega -Carlos Augusto Hernández- quien está dedicado a estudiar algunas innovaciones de maestros buscando un esquema diferente de relación entre éstos y los universitarios. No es decirle al maestro cómo debe actuar, sino ayudarlo a racionalizar, a exponer y a criticar sus propias innovaciones. Ello permite generar una relación menos aristocrática, menos vertical de la que tradicionalmente se ha dado entre la Universidad y los docentes de primaria y bachillerato.

Las publicaciones en este campo son también muy importantes. El sólo hecho de que el maestro lea artículos sobre el tema y se vea involucrado en el proceso, me parece importante.

Finalmente, por el lado de la sociedad hace falta una conciencia mayor sobre el valor de la educación, no ligándola únicamente a las oportunidades de empleo y el mejoramiento del status social y de las condiciones de vida. Nuestra sociedad no ha descubierto el problema de la calidad: hay afán de acreditación, afán de títulos, pero no hay conciencia de que un título que no esté respaldado por una calidad mínima no tiene valor real. Ni social, ni individual.

C: CyT. ¿Cómo vincular las actividades de la escuela con la vida cotidiana?

A.M. Para formar mayores de edad hay que darle a las personas la oportunidad de valerse de su propio entendimiento, aunque sea en ese espacio un poco irreal, un poco desconectado de las urgencias de la vida cotidiana. Y, como lo señalaba el propio Kant, ello no es posible sin libre examen, sin libre expresión contrastada en una discusión abierta y ordenada con interlocutores desprendidos de intereses parciales. Al menos mientras se aprende a ejercer esas libertades conviene hacerlo en espacios específicos, un poco desligados de la vida y con la presencia de interlocutores cualificados: tal vez sea éste el secreto de la separación entre vida y escuela, esa separación que se ha vuelto lugar común cuestionar, en vez de tratar de comprenderla.

De todas maneras lo que sí es necesario es encontrar articulaciones entre los significados que se manejan en la escuela y los que se manejan fuera de ella, entre las formas de expresión percibidas como correctas dentro de la escuela y las percibidas como adecuadas fuera de ella. Encontrar juegos de lenguaje que permitan pasar de los juegos de lenguaje del medio familiar a los juegos de lenguaje propios de la escuela. Y para ello el maestro debe conocer, obviamente, unos y otros. Y ser un apasionado de la comunicación, del mutuo entendimiento y del juego con el lenguaje.

C: CyT. ¿Qué es lo esencial en los juegos de lenguaje que se

juegan en la escuela?

A.M. Lo esencial es que esos juegos, que combinan y articulan enunciados y acciones, están permeados por la tradición escrita. No en el sentido de que se lea o se escriba permanentemente, o se hable citando escritos en cualquier ocasión. Sino en el sentido de que el universo de "cosas" del que es posible hablar y la gama de maneras de hacerlo se transforman por la presencia de esa tradición, se amplían, se desprenden de los límites que impone la referencia a lo inmediato, a la experiencia compartida. La acción misma pasa a ser preparada, deliberadamente sopesada en sus propósitos y en sus medios, en sus alcances e implicaciones.

La manera en que se procura en la educación lograr esta transformación del habla y de la acción por ciertos usos de lo escrito y por la orientación comunicativa que subyace a lo escrito puede ser bastante arbitraria y forzada, especialmente en las pedagogías tradicionales. En las nuevas pedagogías es más fácil, tal vez porque éstas cuentan en general con un maestro y un estudiante inmersos en su propia vida cotidiana y familiar, en una comunicación radicalmente mediada por la tradición escrita.

C:CYT. ¿Cómo conservar y darle merecida importancia a la tradición escrita en una sociedad que venera lo audiovisual?

A.M. Sí: no hemos llegado a la escritura y ya nos alejamos de ella. Tal vez expreso una opción muy particular cuando considero gravísimo privar a la gente de la oportunidad de poseer una experiencia mínima de lo que es tener acceso a la ampliación del mundo que nace del acceso al universo de los libros y a la ampliación del razonamiento y de la acción que posibilita la escritura, el cálculo y el diseño. Veámoslo de otra manera. Detrás de cada audiovisual suele haber gran cantidad de trabajo sobre el papel. Los que mueven el mundo audiovisual se han formado o -afortunadamente- tienden a formarse cada vez más en la academia: un mundo radicalmente permeado por lo escrito sobre el papel. Una fórmula posible es entonces hacer explícita esa relación, poniendo por ejemplo a los alumnos a producir audiovisuales, o por lo menos a averiguar en detalle cómo se producen.

Existe el peligro de que aparezca una división muy fuerte en la sociedad entre las élites que sí leen y unas mayorías que se ahorran -por decirlo de alguna manera- ese acceso. Esas diferencias van a plantear problemas muy importantes de poder y de participación. Entonces, vamos a vernos en la paradoja de darle a la gente la libertad de no leer pero tendremos que llamarle la atención, ya sea desde el Estado o desde la televisión, ¿por qué no?, sobre el hecho de que no leer implica una gran pérdida de poder.

C:CYT. ¿Qué hace un amante de la tradición escrita en un puesto que puede verse como burocrático?

A.M. En primer lugar me he hecho la ilusión de que es el menos burocrático y el más académico de los cargos de dirección en la Universidad y por lo tanto resulta bastante afín a quien ha vivido casi todo el tiempo supremamente adaptado a las reglas de juego escolar. En segundo lugar, el actual rector, Ricardo Mosquera, supo poner en términos muy sintéticos el desafío cuando me llamó: usted que ha reflexionado y escrito sobre la educación y la universidad, enfrente al mundo de la acción vinculándose al equipo de



rectoría. En realidad hay que distinguir el trabajo propiamente burocrático (que es posiblemente menos exigente que el académico) del trabajo de concepción, de contrastación y puesta en marcha de estrategias de protección y fortalecimiento del trabajo académico. Ciertos amigos insisten en que el país necesita esta clase de "sacrificios". El asunto ha resultado más bien apasionante: si usted lo quiere en algunos meses hablaremos de la reforma académica de la universidad, o de la manera en que la administración moderna sustituye el trabajo sobre realidades por el trabajo sobre signos de una manera que al menos algunas veces termina permitiendo que aquel adquiera mayor contundencia.

Además, esta posición da la posibilidad de adquirir una visión más completa de las necesidades del país y de las potencialidades de su principal universidad.

C:CYT. En concreto, ¿qué aporta la Universidad Nacional a la educación

colombiana?

A.M. De tiempo atrás venimos adelantando labores que valdría la pena destacar. Algunos de nuestros profesores están redactando textos para bachillerato y primaria. Este es un salto cualitativo: el solo hecho de que sea un investigador el que -apoyado por otros especialistas- escribe esos manuales, evita que sigan siendo collages de textos anteriores sin visión global y sin respaldo investigativo. De otro lado, hemos asesorado al Ministerio de Educación (en la Renovación Curricular de la educación básica, por ejemplo), a Colciencias, a la Misión de Ciencia y Tecnología.

Por otra parte, un número importante de profesores de bachillerato y de otras universidades sigue estudios de postgrado en nuestra institución. Además la universidad ofrece algunas especializaciones con una orientación específica para la docencia.

A través de la cooperación con entidades como el ICA y el SENA, que cuentan con presencia territorial nacional y una buena fuente de recursos, estamos buscando una difusión más amplia y rápida de innovaciones relevantes para las diferentes comunidades a fin de garantizar mayor calidad y cobertura en la distribución del conocimiento.

Otra labor ha sido el apoyo al movimiento pedagógico, interesante en muchos aspectos. La crítica de la Reforma Curricular fue formativa para los maestros, para el Ministerio y para quienes la hicimos. En ciertos momentos una discusión nacional se podía ver como una discusión entre vecinos del tercer piso de nuestro edificio de matemáticas y física (donde tienen sus oficinas Carlos Vasco y el grupo Federici).

Esos logros corresponden al hecho de que en casi todas las áreas del conocimiento hay esbozos de investigación o de asesoría para el mejoramiento de la educación formal y de la que se da en el marco del trabajo comunitario. Sin embargo, la Universidad Nacional está en mora de buscar mecanismos de conexión más fuertes con las instituciones formadoras de educadores y de entrar a desarrollar grandes proyectos de investigación en educación.